“ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz para el hombre, es el hombre mismo.”

K. Marx, Contribución a la crítica del derecho de Hegel

Introducción

Somos el gallo rojo y en nuestra memoria llevamos las luchas de muchos otros gallos rojos. Han sido muchos los valientes gallos rojos que llevamos en la memoria. Los gallos rojos aún no estamos muertos, por lo que no callaremos y, como Barricada, sabemos que debemos seguir tirando de gatillo.

Y es que, a diferencia de la burguesía, que gusta imaginarse a sí misma como la jardinera benévola del llamado “Estado del bienestar”, nosotros sabemos que ese jardín nunca floreció sin el abono de nuestra sangre. Cada derecho que hoy se nos presenta como un regalo; cayó –en realidad– arrancado a golpe de pico, de huelga y de fuego. Mientras ellos predicaban prudencia desde sillones bien acolchados, nosotros aprendimos que la prudencia del esclavo solo engrasa la cadena.

En los años ochenta —esa década que hoy algunos evocan como si hubiera sido un edén progresista— fuimos nosotros, los gallos sin amo, quienes recordamos a la historia que la raíz no crece hacia arriba, que no hay reforma amable capaz de sustituir la lucha, y que lo radical no es extremismo, sino simplemente llevar las cosas hasta su fundamento. Y el fundamento, como ya dijera Marx, no es otro que el propio hombre: el hombre organizado, el hombre consciente, el hombre que se niega a vivir de rodillas aunque el patrón le diga que así se vive mejor.

Que no nos engañen: el Estado del bienestar no fue una dádiva paternal, sino el resultado de una burguesía asustada, que prefirió ceder un fragmento de su botín antes que

exponerse al rugido del gallo rojo. Por eso nos llaman radicales: porque no soportan que toquemos la raíz de sus privilegios. Por eso aún nos temen: porque saben que un gallo que canta no es solo un símbolo, sino el anuncio de un amanecer que ellos no controlan.

Y si hoy volvemos a alzar la cresta, no es nostalgia; es advertencia. No hay tregua para quien pretende adormecer al pueblo con migajas. No hay paz mientras el trabajo siga enjaulado. No habrá silencio mientras quede un solo gallo dispuesto a recordar que la historia, cuando se la aprieta, no avanza con discursos… sino con lucha.

Las luchas de ayer determinan parte de nuestro presente. Y las luchas obreras que se dieron hace 45 años en un momento de agudización de las contradicciones del capital con la urgente necesidad de aumentar el Ejército Industrial de Reserva (desempleados), la reestructuración productiva y el abaratamiento de la mano de obra, son un determinante fundamental de nuestro presente.

Las luchas de ayer no son un capítulo cerrado: atraviesan nuestro presente y lo modelan. Las luchas obreras de hace 45 años —en plena agudización de las contradicciones del capital, cuando la burguesía necesitaba ampliar a toda costa el Ejército Industrial de Reserva mediante el desempleo masivo, reestructurar la producción y abaratar la fuerza de trabajo— no fueron un episodio aislado. Fueron, y siguen siendo, un determinante esencial de la realidad que hoy habitamos.

Como ejercicio de memoria obrera, tenemos la obligación de volver sobre la represión que sufrió el proletariado. La burguesía no dudó en emplear todos los instrumentos a su alcance —incluido el asesinato de trabajadores— para imponer su orden y enviar un mensaje inequívoco: todo atisbo de revolución será respondido con la violencia más descarnada.

Empero, este documento no es solo un ejercicio de memoria obrera destinado a honrar al proletariado avanzado; es también una respuesta directa a la socialdemocracia, que insiste en presentar el periodo que va desde los años ochenta hasta la crisis de 2008 como una etapa de opulencia obrera bajo el mito del llamado Estado del Bienestar. Frente a esa fábula interesada, hacemos una declaración de intenciones clara y sin ambages.

Somos conscientes de que, en no pocos casos, la socialdemocracia simplemente ignora el grado de agudización que hoy alcanzan las contradicciones del capital. Con frecuencia, elaboran una imagen abstracta y dulcificada de aquellos años que, en realidad, fueron escritos con la sangre de los obreros represaliados.

La contradicción principal de nuestra sociedad de clases —el capital enfrentado al trabajo— ha alcanzado tal grado de intensidad que comienzan a resurgir posiciones verdaderamente consecuentes para la organización del proletariado en los centros de trabajo. La síntesis de múltiples determinaciones dialécticas, acumuladas tras más de cuarenta años de lucha obrera, parece estar reconfigurando fuerzas en torno a una táctica que los comunistas jamás debimos abandonar.

Es por ello que este ejercicio de memoria —tanto para los comunistas incipientes como para los consecuentes, para la socialdemocracia e incluso para nuestros enemigos de clase— se vuelve ineludible. La práctica es la que nos ha conducido hasta este punto y será, igualmente, la que nos guíe hacia la Revolución Mundial. Con este documento aspiramos a

ofrecer un punto de partida que no solo enaltezca las luchas obreras del pasado, sino que nos permita aprender de sus aciertos y errores para organizar con mayor rigor al proletariado de hoy en cada centro de trabajo, y así poder asestar, llegado el momento, el golpe definitivo contra el capital.

Este trabajo lo abordamos priorizando su dimensión estratégica antes que su corpus teórico. Como señalamos, no pretendemos poseer la verdad absoluta; esa solo la revela la práctica, que es la que nos mostrará, con la severidad propia de la realidad material, tanto nuestros errores como nuestros aciertos. Por ello mantenemos abierta la puerta al debate honesto con los comunistas consecuentes y con todos aquellos destacamentos que compartan nuestro objetivo: fundir al proletariado con el socialismo científico y reconstituir, desde la raíz, su capacidad para convertirse en clase para sí.

Somos conscientes de que escapar a los esquemas que nos impone la realidad material es, en muchas ocasiones, una tarea extraordinariamente compleja. Precisamente por ello recurrimos a la crítica despiadada, a fin de incinerar sin contemplaciones todo postulado que obstaculice, aunque sea mínimamente, el avance hacia la Revolución Socialista, aquella que habrá de ir aniquilando en la práctica la producción mercantil. Este trabajo es también un reconocimiento de nuestros propios errores, pues en el pasado no fuimos ajenos a algunas de las posiciones que hoy criticamos con las armas de la dialéctica.

La tarea de reordenar las fuerzas para organizar a los proletarios conscientes exige la más alta disciplina. Exige, asimismo, la mayor honestidad; por ello, reconocer nuestros errores pasados —cuando llegamos a sostener algunos de los postulados que hoy criticamos— no nos debilita, sino que fortalece al conjunto del movimiento comunista. Confiamos en que este documento pueda servir al lector no solo para comprender con claridad nuestra posición, sino también para iluminar aquellas cuestiones que, en la vorágine de la realidad material inmediata, empujan a muchos hacia posturas que terminan poniendo palos en las ruedas del proletariado avanzado.

1. El escenario que heredamos

El escenario que heredamos lo sintetiza con acierto el Movimiento Socialista en la presentación de su línea política[1]. Sin embargo, su brillantez no radica en el análisis, sino en la exposición involuntaria del problema crónico que arrastra el propio Movimiento Socialista. Su marco interpretativo parte de la premisa de que, en Occidente, la aristocracia obrera mana a caudal pleno: prácticamente, quien no es burgués sería, según ellos, aristocracia obrera, y el proletariado quedaría reducido a un resto marginal. Esta lectura, no obstante, nace de haberse quedado atrapados en el plano meramente cuantitativo.

Para el MS, desde la Transición hasta poco antes de la crisis de 2008, el proletariado habría devenido en aristocracia obrera; y sería solo a partir de 2008 cuando ciertos sectores de la pequeña burguesía y de esa supuesta aristocracia obrera habrían comenzado a proletarizarse. Desde esta premisa, buscan —por la vía reformista y pequeñoburguesa— reconstruir un pasado del que sienten nostalgia. También para el MS va dirigido este ejercicio de memoria, que parecen no haber querido practicar durante la elaboración de su Línea Política.

Bastaba con una simple revisión de los datos —incluso en el propio plano cuantitativo— sobre el número de huelgas y cierres patronales desde 1980[2] para advertir que la realidad dista mucho de la que pretenden hacernos creer.

Año	Huelgas
1980	1.365
1981	1.307
1982	1.225
1983	1.451
1984	1.498
1985	1.092
1986	914
1987	1.497
1988	1.192
1989	1.047
1990	1.231
Total	**13.819**

[1] Línea Política del Movimiento Socialista
https://diariosocialista.net/2025/11/03/linea-comunista-y-antifascismo/

[2] Evolución de la conflictividad laboral en España, MITES y Huelgas laborales en el Estado Español
https://digibuo.uniovi.es/dspace/bitstream/handle/10651/80062/TFG_GemaRomeroGonz%C3%A1lez.pdf?sequence=4&isAllowed=y

https://www.mites.gob.es/es/estadisticas/condiciones_trabajo_relac_laborales/HUE/welcome.htm#

https://www.uv.es/~sociolog/arxius/ARXIUS%2018/08.%20GARCIA%20CALAVIA.pdf?utm_source=chatgpt.com

La década de 1980 a 1990 fue especialmente convulsa debido a la elevada conflictividad laboral que la atravesó. Cerca de 14.000 huelgas en apenas once años —o más de 12.000 si tomamos el periodo 1981-1990— dan cuenta de ello. Si bien mencionaremos también las huelgas de las décadas posteriores, centraremos nuestra atención en las de este periodo por diversas razones que desarrollaremos a continuación.

1) La represión de estos años creó la imagen en el proletariado que la dictadura fascista seguía vigente, lo único que había cambiado eran los actores. La mano dura que ejerció el Estado Burgués fue una señal de hasta dónde se llegaría si el proletariado pretendía revertir mínimamente las lógicas del capital.
2) La mal llamada Transición se instauró con la sangre del proletariado. Para ello unos datos.

Según los datos del libro de Historia del PCE(r)[3], en 1975 las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado asesinaron a 41 personas. En 1976 la cifra fue de 34 asesinados, en el 1977 de 48. El año de la Constitución tarjo consigo a 36 asesinados. Este descenso parece responder a un descanso que se tomó el brazo armado de la burguesía, pues en 1979 la cifra subió a 66 y en 1980, el comienzo de la década que nos ocupa, la cifra alcanzó su récord de estos años llegando a los 69 asesinados. En 1981 se asesinaron a 47 proletarios, dejando una cifra ene stos años de 341 proletarios que murieron a manos de la Policía.

No resulta complicado apreciar que el Estado Burgués no dudó en actuar contra el proletariado, pero ¿Por qué esta represión? ¿No se vivía bajo un grandioso Estado del Bienestar? ¿Por qué de estas casi 14.000 huelgas?

El año de la Constitución – democrática para la burguesía – registró una tasa de paro de más del 7%. 6 años después ya superó la barrera del 21%. A esta situación se llegó, como ya podemos imaginar, por el proceso de reestructuración y reconversión industrial que se vivió en aquellas décadas.

[3] Historia del PCE(r)
https://www.abertzalekomunista.net/images/Liburu_PDF/Comunismo_estado_es/HISTORIA_DEL_PCEr-K.pdf

Se requirió de aumentar la masa de Ejército Industrial de Reserva para la reducción del capital variable que se avecinaba[4].

EVOLUCIÓN EN LA PARTICIPACIÓN DE LAS RENTAS DEL TRABAJO — CUADRO 1

	EEUU	Japón	Alemania	Francia	Italia	RU	España
Total economía (% del PIB)							
1980	64,24	70,02	67,24	65,69	65,47	64,92	61,15
1990	62,78	61,55	62,46	59,48	62,13	64,75	57,38
2000	63,00	62,03	62,59	57,82	53,81	62,16	57,55
2010	59,79	59,32	58,92	59,31	56,45	63,31	54,51
Economía de no mercado (% del PIB)							
1980	17,60	13,95	15,62	16,86	13,85	15,92	14,12
1990	19,42	12,50	15,18	16,13	15,97	16,68	15,57
2000	18,62	14,12	16,83	18,13	14,17	17,68	15,44
2010	21,43	15,63	17,03	19,53	15,74	20,45	17,09
Economía de mercado (% del PIB)							
1980	46,64	56,07	51,62	48,83	51,62	49,00	47,03
1990	43,37	49,05	47,28	43,34	46,16	48,07	41,81
2000	44,38	47,91	45,76	39,69	39,64	44,48	42,11
2010	38,35	43,69	41,89	39,78	40,71	42,86	37,43

El aumento del Ejército Industrial de Reserva obligó a numerosos trabajadores desempleados a aceptar cualquier empleo disponible, generalmente con salarios inferiores a los de años anteriores. Como se aprecia en la tabla, la participación de las rentas del trabajo en España se redujo del 61% en 1980 al 57% en el año 2000. Sin embargo, esta disminución se concentró en los asalariados del sector privado, pues en el sector público la participación salarial llegó incluso a aumentar.

$$m = c + v + p$$

Si partimos que el valor creado es la suma del capital constante (maquinaria, la empresa en sí, materias primas, etc), más el capital variable (el pago por la fuerza de trabajo) más el plusvalor enajenado.

Año	m	c	v	p	Diferencia
1	400	200	100	100	
2	400	200	75	125	+25
3	400	200	50	150	+50

Supongamos una mercancía que encierra un valor en su forma dineraría de 400€. En capital constante se empleará la misma cantidad de 200€. Del año 1 al año 2 se comienza una reconversión industrial que incrementa durante varios años el ejército industrial de reserva.

[4] Participación de las rentas del trabajo en la economía, BdE https://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/InformesBoletinesRevistas/BoletinEconomico/12/Dic/Fich/be1212-art5.pdf

Estos desempleados, para poder llevarse un trozo de pan a la boca, demandarán cualquier tipo de empleo, aunque perciban un salario menor al que recibían anteriormente. Es así como se podera la masa salarial en los años 2 y 3, haciendo que el plusvalor pase de 100€ a 150€. Los fenómenos ocurridos en la década del 1980 respondieron a lo mismo que ilustramos en el ejemplo anterior. La reconversión industrial, el incremento del desempleo y la reducción salarial, fueron –parte– de lo que llevó al proletariado a organizarse y movilizarse.

2. Y corrió la sangre

Entre 1980 y 1990 se registraron cerca de 14.000 huelgas y cierres patronales. Ante esta oleada de conflictividad, la burguesía —organizada en su Estado burgués— recurrió a los mismos instrumentos represivos que siempre había mantenido, perfeccionados durante la dictadura fascista con Franco a la cabeza, para contener y castigar la combatividad del proletariado.

Un herido de bala y 5 contusionados en los enfrentamientos entre manifestantes y policía producidos ayer en Sagunto

En 1983, al calor de las huelgas en los Altos Hornos del Mediterráneo, un electricista de la fábrica recibió de la Policía un disparo que le impactó en el escroto. La planta, siguiendo los planes de la burguesía española para la terciarización del modelo productivo, terminó cerrando el 4 de febrero. Todo ello en un año en el que la tasa de desempleo alcanzó el 18%.

Para 1984 nos encontramos con el mayor número de huelgas de la década. Y no es para menos, pues el desempleo superó la barrera del 20%. Esta organización proletaria fue respondida con furia y sangre por el Estado Burgués.

Un ejemplo significativo de esta elevada conflictividad fue la provincia de Vigo, que vivió la mayor huelga de su historia, con 300.000 proletarios organizados. La reconversión industrial en Galicia implicó el cierre de fábricas metalúrgicas y de varios astilleros, en un proceso que se prolongó hasta bien entrados los años noventa y que se estima destruyó más de 83.000 empleos.

En la memoria colectiva permanecen los cierres de astilleros como los de Ascón, que dejaron a más de 1.500 trabajadores engrosando las filas del Ejército Industrial de Reserva. El mismo destino aguardó a los 400 obreros del astillero de Santodomingo.

Y llegamos a las movilizaciones proletarias que, en parte, motivan este documento. Bilbao, en 1984, se convirtió en un auténtico escenario de guerra. El Estado burgués ordenó desmantelar el astillero Euskalduna, y los trabajadores expresaron su rechazo de manera rotunda. El contexto de desempleo galopante no ofrecía consuelo alguno: quienes no defendieran sus puestos de trabajo corrían el riesgo muy real de engrosar durante años las filas del paro.

La resistencia proletaria fue ejemplar: los trabajadores se alzaron contra la Policía y su defensa fue feroz. Se enfrentaron a los gases lacrimógenos, a las pelotas de goma y a las brutales cargas policiales. En una de ellas, se asesinó al trabajador Pablo González Larrazábal. La burguesía comprendió entonces que el terrorismo de Estado encontraba en Felipe González a su ejecutor más dispuesto, el más apto para dirigir la represión que exigían los intereses del capital.

El que fuera presentado por amplios sectores obreros y populares como el mayordomo más fiel del capital, Felipe González —a quien no pocos identificaron irónicamente como el célebre *Señor X*—, se empeñó en demostrar a la burguesía que podía ser su comandante más leal. Su alineamiento con los intereses del capital fue absoluto. Y su papel no se limitó

a la represión de los trabajadores organizados en sus centros de trabajo: también gobernó y desgobernó según exigían, en cada momento, las necesidades de la clase dominante.

Señor X, convertido para muchos en el paradigma del gestor obediente del capital, hizo gala de una disciplina que ni la propia burguesía habría soñado. Tal fue el incremento de la represión, que llegado el 1987 mandó hundir bajo las aguas a 2 pueblos.

Cuando aún no había roto el alba, en las horas inciertas entre la noche y la mañana del 6 al 7 de julio de 1987, comenzaron a desgarrar la penumbra los faros de los carruajes de la muerte. No era la aurora la que se acercaba, sino el resplandor del Estado burgués en marcha, avanzando como una máquina sin alma. El aire, corrompido por el olor acre del azufre, anunciaba lo que la clase dominante siempre trae consigo cuando siente amenazados sus privilegios: la violencia desnuda, la antigua compañera del capital.

No fueron los jinetes del Apocalipsis los que irrumpieron en el pueblo, sino algo más terrenal y, por ello mismo, más siniestro: los jinetes del capital, revestidos con el uniforme del orden, esa coraza que oculta su verdadera misión histórica. Se presentaron no como defensores de la ley, sino como ejecutores del mandato del capital moribundo que, para sostener su dominio, no duda en convertir a los trabajadores en enemigos internos y al territorio obrero en campo de operaciones.

Así entraron, no para restablecer la paz, sino para imponerse como fuerza ocupante, recordando a los hijos e hijas del trabajo que, en la sociedad burguesa, la violencia no es excepción sino regla, y que el capital, cuando ya no puede comprar la obediencia, la arranca por la fuerza.

Este episodio no es sino una de las formas modernas de la antigua ley de la acumulación originaria: acumulación por desposesión. Allí donde el capital encuentra un obstáculo, fabrica uno mayor para destruirlo. Y así, tras dinamitar no sólo las casas sino la propia

memoria del pueblo, el Estado, convertido en brazo armado del capital, transformó el valle en botín hidráulico. El agua, que antes pertenecía a la vida, fue encadenada en nombre de la burguesía hidroeléctrica, convertida en mercancía bajo un régimen de servidumbre técnica.

El objetivo de aquella violencia queda ahora revelado con claridad meridiana: si los ingenieros del capital hubiesen demorado tan sólo un día más su ofensiva, una directiva europea —esa tímida bóveda jurídica con la que la burguesía continental pretende amortiguar su propio saqueo— habría impedido la construcción del pantano por razones medioambientales. Pero el capital no entiende de límites: cuando la ley amenaza con contenerlo, recurre al cañón para abrirse paso.

He aquí el secreto de la brutalidad ejercida por el Estado burgués español: no era un acto de excepción, sino la manifestación más nítida de su esencia. La ocupación militar del pueblo no respondió a una necesidad de orden, sino a la urgencia económica de los propietarios de la energía; no buscaba proteger vidas, sino acelerar obras; no pretendía restaurar justicia alguna, sino garantizar que la acumulación continuase, aunque para ello hubiera que borrar del mapa a quienes estorbaban.

La violencia, que la ideología burguesa pretende presentar como residuo del pasado, reaparece aquí en su forma primordial: como partera sangrienta de un nuevo ciclo de acumulación, en el que la naturaleza y el pueblo, juntos, fueron sacrificados en el altar de la ganancia.

Lo mismo algún lector recuerda, que en el año 2022, la empresa Repsol comenzó a vaciar pantanos para, en los días que la energía se pronosticaba que estaría más barata, crear un desabastecimiento artificial en los pantanos y emplear otra tecnología que permitiese encarecer la factura de la luz en los hogares ¡Oh cruel destino! ¿Adivinan qué pantano fue?

Repsol vacía el pantano de Riaño, mientras sus vecinos no pueden ni beber agua

Pedro Ruiz| 22 de julio de 2022

En efecto, el mismo pantano que se construyó tras la ocupación militar del mismo valle en 1987. Pues los sucesos en Riaño fue una preparación para lo que se vendría en el mismo año pero esta vez en Cantabria ¿El problema que encendió la mecha? La reconversión industrial.

En 1987, la siderúrgica Forjas y Aceros la Reinosa, la cual contaba con cerca de 2.000 trabajadores, entró dentro de los planes de reconversión industrial y debería pasar de unos 1.700 trabajadores a 1.300.

El 11 de marzo de 1987, el expresidente del Consejo de Administración de Forjas y Aceros comunicó a la empresa que pasaría a integrar el Gobierno Vasco como consejero de Obras Públicas. A la luz de todo el historial de reconversión industrial de los años anteriores —la destrucción sistemática del tejido siderúrgico, la represión contra el proletariado metalúrgico y el cierre de astilleros— el comité de empresa no necesitó mucha imaginación para intuir que aquel movimiento podía volverse contra los intereses de los trabajadores.

Por ello, el comité convocó al expresidente a una reunión en el edificio de Control de Calidad. Tanto él como otros altos cargos de la dirección quedaron retenidos durante toda la noche. El proletariado hacía valer su fuerza: ejercía su propia ley frente a quienes habían ejercido la del capital.

Al día siguiente, los trabajadores cortaron las líneas telefónicas. Las fuerzas represivas del Estado burgués, al conocer la situación y respaldadas por el ministro del Interior, desplegaron a la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil. La Guardia Civil asaltó el edificio de Control de Calidad para liberar al expresidente, mientras más de 300 agentes dispersaban al resto de trabajadores mediante pelotas de goma y botes de humo.

Pero el proletariado cántabro no solo estaba organizado: estaba elevando su conciencia y comprendía que la lucha no había concluido, sino que apenas comenzaba. En el enfrentamiento, los trabajadores incautaron varias armas a la Guardia Civil y llegaron incluso a capturar a nueve agentes que posteriormente serían liberados. En testimonios, uno de los guardias decía lo siguiente:

"*Una nube de piedras cayó sobre nosotros durante minutos que no tenían fin [...] salimos a la avenida de Navarra, pero allí otros muchachos que no habían participado en la refriega nos derribaron al suelo para desarmarnos. De repente, uno de ellos, con un trozo de losa en la mano, me golpeó varias veces en la cabeza. Tuvieron que darme siete puntos ayer. Yo fui uno de los guardias que perdió el cetme (el fusil), pero ¿cómo evitarlo ante la locura de aquellos hombres que me acorralaban?*"

No podemos esconder la satisfacción que nos produce que los represores hayan sentido terror. El mismo terror que ejercen contra el proletariado fue –minimamente– devuelto. Y cuando decimos "mínimamente" lo decimos conocedores del suceso. Este "pobre" guardia tuvo 7 puntos. Mientras tanto, esta fue la declaración de un obrero que perdió un ojo por una pelota de goma.

"*Eran aproximadamente las 8.30. Me encontraba en la portería de la fábrica con un montón de compañeros. Los guardias estaban a unos 300 metros frente a nosotros. Y de repente el caos estalló en forma de una lluvia de pelotas de goma y botes de humo. Pero no puedo contar mi caso porque cuando recuperé de conciencia viajaba en el interior de una ambulancia evacuado hacia el ambulatorio y después a Santander. Fue, según me han contado, el impacto de una pelota de goma [...] En el interior de las naves aún siguieron disparando pelotas y botes con un humo que nos asfixiaba*"

El Estado burgués creyó que, con un simple cambio de rostros, el conflicto quedaría resuelto; por ello, el 30 de marzo destituyó al jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Cantabria. Pero el proletariado —ya devenido en proletariado avanzado— sabía que el problema no terminaba ahí. Así, la siguiente acción vino de los trabajadores de Cenemesa, que procedieron a cortar la vía férrea que conectaba Madrid con Santander.

Para el 5 de abril, el proletariado de Cenemesa permanecía en pie de lucha. Se enfrentaron de forma heroica a dos tanquetas de la Guardia Civil y, como dique de contención, volvieron a cortar el tráfico ferroviario durante varias horas. El combate continuaba.

El 15 de abril el proletariado de Cenemesa, respondió a as pelotas de goma y botes de humo con el lanzamiento de piedras y el corte de la carretera Santander-Palencia durante varias horas. Matamorosa fue ocupada por tanquetas de la Guardia Civil con el parte de 1 herido grave y 17 leves entre los trabajadores. Por parte de los perros del Estado Burgués, 2 guardias civiles fueron heridos.

Al día siguiente, los obreros ocuparon varias iglesias para escapar de la represión policial, lo que obligó a suspender los eventos religiosos por el Jueves Santo. También volvieron a cortar la carretera entre Santander-Palencia y la vía férrea de Santander-Madrid. El parte de bajas fue de 21 trabajadores heridos y 28 detenidos a los que se les incautaron tornillos y bolas de acero. Durante el conflicto, la Guardia Civil desplegó tanquetas, un blindado y vehículos todoterreno.

Los trabajadores, por su parte, levantaron barricadas en los accesos a la ciudad. Y la sangre volvió a correr hasta su trágico desenlace con la muerte del trabajador Gonzalo Ruíz García, que se refugiaba en un garaje cuando la Guardia Civil lanzó varios botes de humo al interior. La inhalación de gases tóxicos, junto con las lesiones que sufrió, le provocaron la muerte tres semanas después.

Estas luchas obreras alcanzaron su máxima expresión en el 1988 con la masiva Huelga General en todo el país con una participación superior al 90% y que paralizó España. Quedó para el recuerdo el corte de emisión del telediario de TVE, la cual también se unió a la Huelga.

Varios trabajadores de TVE, al día siguiente, vieron sobre la mesa sus cartas de despido aunque nunca se llegaron a materializar.

Toda esta represión durante aquella década provocó una disminución notable de las huelgas en los decenios posteriores. El objetivo del Estado burgués era inocular el miedo en el proletariado, y, paulatinamente, logró su efecto. Los menores niveles cuantitativos de conflictividad presentes hoy no son signo de paz social, sino el producto directo de la represión pasada.

Ante la represión, existen dos respuestas típicas: la inacción, fruto del temor a sufrir represalias iguales o aún peores, o el embrutecimiento revolucionario, entendido como el fortalecimiento del músculo político del proletariado frente al enemigo de clase. En las décadas posteriores, y sumado al deterioro creciente de las condiciones materiales de existencia, predominó la primera salida: la inacción.

Año	Huelgas
1991	1.552
1992	1.295
1993	1.131
1994	889
1995	866
1996	807
1997	709
1998	618
1999	739
Total	**8.606**

Entre 1991 y 1999, el número de huelgas descendió hasta unas 8.600, frente a las alrededor de 11.000 registradas entre 1981 y 1989. Centrar el análisis únicamente en este aspecto cuantitativo sería, sin duda, una perogrullada. Y es que, pese a la década sangrienta precedente —que contribuyó a que el miedo calara hondo en el proletariado—, en los años noventa encontramos también grandes movilizaciones, como las que se opusieron a las privatizaciones de Telefónica e Iberia, o las nuevas huelgas en los astilleros de Cádiz y Ferrol.

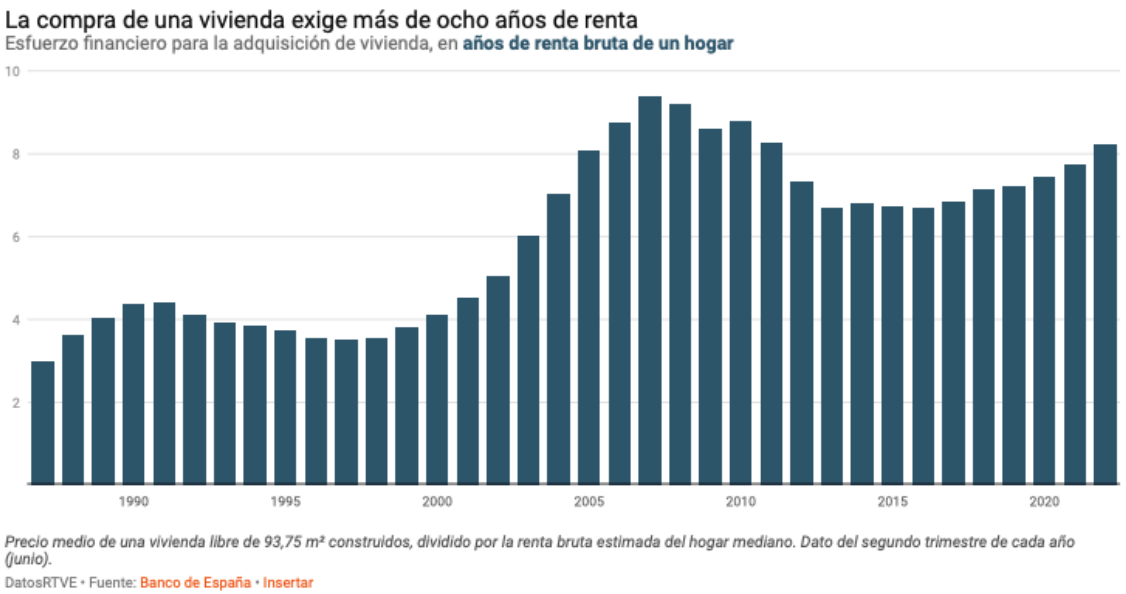
Para 1994 el paro ya escaló hasta el 24%, una tasa que solamente fue superada en 2012 y 2013 tras la crisis internacional del capitalismo en 2008. Como observamos, llevamos 2 décadas analizadas y dista mucho de ser un mundo lleno de opulencia para el proletariado.

Año	Huelgas		
2000	727		
2001	737		
2002	688		
2003	678		
2004	708		
2005	685		
2006	783		
2007	752		
2008	811		
2009	1.001		**6.843**
2010	986	**8.556**	
2011	777		
2012	880		
2013	998		
2014	777		
2015	615		
2016	641		
2017	730		
2018	726		
2019	898		
2020	487	**7.529**	
2021	606		
2022	679		
2023	778		
2024	707		
2025		**2.770**	
Total	**18.855**		

El descenso cuantitativo en el número de huelgas se sigue apreciando del 2000 al 2010, pero más especialmente –y analizando la misma cantidad de años– del 2001 al 2009 en la que el número de huelgas se redujo con respecto a la década anterior hasta aproximarse a las 7.000 huelgas y cierres patronales.

La década de 2011 a 2020 presentó un carácter distinto, aunque profundamente determinado por los años posteriores a la crisis de 2008-2009. En 2007, la tasa de desempleo rondaba el 8%; para 2010 ya había escalado hasta el 20%. Y, como adelantábamos, en 2013 el paro alcanzó cerca del 26%, lo que provocó una movilización del proletariado de dimensiones récord para esa década.

Esta década presentó una mayor conflictividad que la década 2001-2009. Para la década anterior, el desempleo se ubicó entorno al 8 y el 10%, la vivienda, dado un proceso de enorme especulación por parte del sector bancario, facilitó el acceso al disfrute de este valor de uso junto, por supuesto, a que se requerían un menor número de años para adquirir una vivienda.



Es precisamente esta coyuntura —el descenso del desempleo hasta el 8% en 2007; la posibilidad, entre 1995 y 2003, de adquirir una vivienda de unos 93 metros cuadrados por el equivalente a cuatro años de salario; o el hecho de que en 2007 un trabajador de la construcción percibiera una media de 26.300 € anuales (casi 2.200 € brutos al mes), mientras que hoy la media ronda los 22.000 €— la que lleva al MS a sostener que la etapa previa a la crisis de 2008 fue beneficiosa para los trabajadores y constituye el espejo en el que desean reflejarse.

Pero esta lectura se aferra únicamente al aspecto cuantitativo, un método profundamente erróneo que no hace sino evidenciar la distancia que separa a quienes aplicamos la dialéctica materialista de esas ensoñaciones pequeñoburguesas.

Es cierto que si un alto mando de la UGT, adicto al ácido úrico, se come 400 gambas un jueves cualquiera y yo me como 0 gambas, entre los 2 nos comemos 200 gambas cada uno de media. Y es que hoy una persona que trabaja en la construcción sí, percibe de media unos 22.000€ brutos al año, pero esta es la media de todas las ocupaciones bajo la construcción. Sin embargo, un peón de la construcción percibe en torno a los 16.000€ brutos al año. El MS adolece de las abstracciones pequeñoburguesas.

Si bien es cierto que la tasa de paro descendió considerablemente para los primeros años de la década del 2000, quedarnos en lo cuantitativo nos llevaría a ignorar que del año 2000 al 2001, la tasa de temporalidad en las contrataciones era del 30%. Con la reforma laboral del 2002 –contestada con una Huelga General– se facilitó la contratación temporal hasta llegar en 2005 al 33% de temporalidad. Sí, somos tan radicales que consideramos que un 33% de temporalidad o un 24% de desempleo no es un acomodamiento de los trabajadores.

3. Tirar de gatillo

La década del 80 al 90 fue especialmente conflictiva en el terreno laboral. La realidad material fruto de una reconversión industrial empujó al proletariado a organizarse activamente. Pero esta organización no nace del vacío.

Ninguna organización proletaria hubiese sido posible sin un mínimo grado de conciencia proletaria, sin unos lazos mínimos entre los trabajadores que sobrepasaba lo meramente laboral en muchas ocasiones.

El proletariado, en especial el industrial, de los años 80 estaba especialmente organizado porque entendieron que la organización debería ser allí donde se produce el valor, en los centros de trabajo.

Año 2024(*)

SECTORES Y SECCIONES DE ACTIVIDAD	NÚMERO DE TRABAJADORES PARTICIPANTES					
	TOTAL	Menos de 10 trabajadores	De 10 a 100 trabajadores	De 101 a 1.000 trabajadores	De 1.001 a 10.000 trabajadores	Más de 10.000 trabajadores
TOTAL	707	111	374	201	15	6
SECTORES						
Agrario	4	-	4	-	-	-
Industria	243	37	125	74	7	-
Construcción	8	-	7	1	-	-
Servicios	452	74	238	126	8	6
SECCIONES						
A Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca	4	-	4	-	-	-
B Industrias extractivas	5	-	4	1	-	-
C Industria manufacturera	219	29	111	72	7	-
D Suministro de energía eléctrica, gas, vapor y aire acondicionado	3	-	3	-	-	-
E Suministro de agua, saneamiento, gestión residuos	16	8	7	1	-	-
F Construcción	8	-	7	1	-	-
G Comercio al por mayor y por menor; reparación vehículos motor	35	8	20	7	-	-
H Transporte y almacenamiento	108	15	52	41	-	-
I Hostelería	17	3	12	2	-	-
J Información y comunicaciones	43	4	23	15	1	-
K Actividades financieras y de seguros	9	-	3	5	1	-
L Actividades inmobiliarias	-	-	-	-	-	-
M Actividades profesionales, científicas y técnicas	15	-	11	4	-	-
N Actividades administrativas y servicios auxiliares	74	18	39	17	-	-
O Administración Pública y defensa; Seguridad social obligatoria	36	5	10	15	3	3
P Educación	30	4	17	5	1	3
Q Actividades sanitarias y de servicios sociales	49	14	25	8	2	-
R Actividades artísticas, recreativas y de entretenimiento	29	2	20	7	-	-
S Otros servicios	7	1	6	-	-	-
T Activ. hogares empleadores personal doméstico, productores bienes y servicios	-	-	-	-	-	-
U Actividades de organizaciones y organismos extraterritoriales	-	-	-	-	-	-

No debería sorprendernos que en las décadas anteriores e incluso en nuestra realidad inmediata, la sección más organizada sea la de la industria manufacturera. Pero ¿De dónde nace esta organización?

La conciencia está determinada por el ser social, y este ser social, a su vez, viene dado por la posición que cada sujeto ocupa en la cadena de producción. El proletariado posee una esencia que lo define como tal: la ausencia de garantía sobre su propia subsistencia. Para reproducirse a sí mismo, necesita unos medios de vida que no puede obtener de ningún otro modo que no sea acudiendo al mercado en busca de trabajo asalariado.

Ningún trabajador entra en el ciclo de producción para elaborar directamente sus propios medios de subsistencia; su actividad productiva tiene como finalidad obtener un salario que le permita adquirir esos medios de vida.
La burguesía, que necesita el valor de uso de la fuerza de trabajo, la compra por su valor.
¿Y cuál es el valor de la fuerza de trabajo? La suma del valor de todos los medios de subsistencia necesarios para que el proletariado pueda reproducir esa fuerza de trabajo**.**

¿Y cuál es el valor de cada uno de esos medios de subsistencia? El tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlos**.**
El proletariado no adquiere la producción en sí misma, sino que intercambia el valor de su fuerza de trabajo —percibido en la forma salario— por el valor de uso de esos productos. Precisamente porque la fuerza de trabajo se intercambia por los productos del trabajo, estos devienen mercancías: expresan, en su circulación, la relación social entre capital y trabajo asalariado.

El valor de las mercancías se obtiene mediante la suma de las cantidades de trabajo empleadas en capital constante, capital variable y en la cantidad de plusvalor que enajena la burguesía. Y esto, con la práctica diaria, el proletariado eleva su conciencia.

Justamente es el proletariado industrial el que está más cerca de la confección de valor. Es el peón de la industria manufacturera el que crea el valor, mientras que el proletariado que registra las ventas en una base de datos, solamente ve el valor que ha sido validado en el mercado.

De esta praxis surge la posibilidad de que el proletariado industrial tome conciencia de la magnitud del plusvalor que la burguesía le arrebata. De manera espontánea, los trabajadores tenderán, en el terreno de la lucha económica, a exigir un reparto más equitativo. No obstante, dicha reivindicación, limitada al marco salarial, no haría sino prolongar la existencia del capital, pues su efecto último es templar —y por tanto eternizar— la lucha de clases.

Empero por más insuficiente que sea esta lucha económica, es tremendamente necesaria para que progresivamente, el proletariado vaya elevando su conciencia hasta el punto de darse cuenta que la lucha económica es insuficiente, que necesitan de algo más.

Pero este “algo más” no puede ser alcanzado por el proletariado de forma espontánea. Necesitan de su Partido de Vanguardia. Y este Partido es el que lleva ya muchas décadas desaparecido.

El Partido de Vanguardia del proletariado solo puede constituirse mediante la organización de cuadros revolucionarios profesionales ¿Y quienes forman estos cuadros revolucionarios profesionales? El proletariado no solamente consciente, sino el más avanzado de este proletariado consciente.

Los comunistas, para organizar al proletariado solamente puede hacerlo allí donde se materializa el trabajo asalariado: En los centros de trabajo. Es en cada centro de trabajo, donde los comunistas consecuentes debemos constituir células de empresa que entrelacen debidamente el trabajo militante legal y clandestino.

Es en estas células de empresa donde se podrá organizar el proletariado consciente. Es en estas células de empresas donde se podrá organizar el trabajo militante y mediante praxis revolucionaria, algunos de estos proletarios conscientes se terminarán elevando en Revolucionarios Profesionales que, organizados en cuadros, formen la Línea Comunista Revolucionaria.

Será sobre esta Línea Comunista Revolucionaría de donde se llegará a reconstituir el Partido de Nuevo Tipo del proletariado: El Partido Comunista. Un Partido que tirará de gatillo para terminar con la producción mercantil.

4. Conclusiones

Nuestro destacamento, con este artículo, no buscaba únicamente traer a la memoria las luchas proletarias del pasado, sabedores de que cada huelga es una fisura que se abre entre el proletariado y el modo de producción que lo engendra. También —con una intención más estratégica que teórica— pretendíamos desmontar ciertas concepciones erróneas sobre lo que realmente supusieron las décadas anteriores a la crisis de 2008. Son concepciones que nacen de someterse a la realidad inmediata, una realidad que se desplaza a velocidades astronómicas y deja poco espacio para el análisis riguroso bajo el paraguas de la dialéctica.

Iniciamos este documento —y lo hemos desarrollado así hasta el final— dejando claro que nuestro destacamento no posee todas las respuestas, ni aspira a convertirse en un partido pequeñoburgués dedicado a enumerar medidas supuestamente “concretas” para disputar unas elecciones burguesas. Nuestro destacamento nace con la voluntad de restituir la centralidad de la organización proletaria en los centros de trabajo, para que sea el propio proletariado, sometido a la praxis revolucionaria y a la disciplina militante, quien haga posible la reconstitución del Partido Comunista. Un objetivo que únicamente puede alcanzarse cuando el socialismo científico se fusiona, de manera efectiva y orgánica, con la clase obrera.

Solamente la praxis y no ninguna sigla, será la que posibilite que el socialismo científico penetre en el proletariado para que sea el mismo proletariado el que reconstituya el Partido de Nuevo Tipo de la clase trabajadora.

Pero para ello necesitamos, precisamente, del socialismo científico y de ir resolviendo aquellos problemas que la práctica misma nos señale como necesarios de afrontar. Con el documento de hoy pretendíamos, además de realizar un ejercicio de memoria proletaria, analizar las luchas obreras atendiendo tanto a sus aciertos como a sus errores, para extraer de ellas las lecciones que exige el momento histórico.

Ejemplos como los del proletariado industrial de los astilleros o las metalúrgicas de Ferrol, Vigo, Cádiz, Bilbao o Santander nos recuerdan que el proletariado luchó de forma heróica pero abandonado. Los comunistas abandonamos al proletariado que estaba luchando y poniendo su vida al frente.

Los reformistas del PCE o IU, prefirieron seguir con la actividad que venían realizando de acomodarse en sillones en el parlamento y ayuntamientos. El proletariado, mientras tanto, perdiendo a compañeros en el fuego de la lucha y siendo pisoteado por el brazo armado de la burguesía.

Sabemos, y así lo dejaremos claro en nuestro programa que subiremos llegado el momento, que la tarea principal de todo comunista consecuente es la de reconstituir el Partido Comunista para dar al proletariado un arma que usar cuando llegue la Gran Guerra de Masas.

Para reconstituir el PC, primero necesitamos que cada comunista consecuente tenga la disciplina de someterse al estudio del Capital bajo la ciencia que perfeccionaron Marx y Engels: La dialéctica. Debemos romper con los esquemas que nos implanta la realidad inmediata y que aún muchos tenemos. Como arma, también lo tenemos claro: La crítica.

Los comunistas consecuentes debemos ser referentes para el proletariado, y para ellos debemos someternos a la disciplina del estudio y análisis riguroso de la realidad, sólo así traeremos a nuestras filas al proletariado consciente.

Se nos impone una tarea histórico-productiva de la que no podemos sustraernos sin traicionar la misión histórica de nuestra clase. Tenemos ante nosotros un proletariado que no sólo nos ha demostrado que sabe luchar, sino que debe ser organizado, elevado desde la dispersión a la conciencia, y desde la conciencia a la victoria en la Gran Guerra de Masas que el desarrollo mismo del capital ha puesto en el orden del día.

No basta con señalar los errores: debemos asimilarlos, pues cada derrota encierra las semillas de la victoria futura, así como cada acierto debe ser reforzado hasta convertirlo en arma colectiva. La clase obrera no aprende en los templos de la burguesía, sino en la praxis viva, en la lucha material donde las ideas dejan de ser meras sombras y se tornan fuerza organizada.

Nuestro mejor libro no se encuentra en las vitrinas del saber académico, sino en el estudio histórico de las luchas de los oprimidos y en el análisis riguroso de la praxis revolucionaria. Allí, en ese archivo de fuego y sangre, el proletariado encuentra su verdadera escuela: no la que interpreta el mundo, sino la que le enseña a transformarlo.

Pero ningún ejército de la emancipación surge de manera espontánea. La burguesía, en su ceguera histórica, cree que los trabajadores son una masa uniforme, incapaz de elevarse más allá de sus necesidades inmediatas. Olvida que el mismo proceso productivo que los explota es también el que los educa, los concentra y los disciplina. Allí donde el capital quiere súbditos obedientes, engendra sin saberlo a sus propios sepultureros.

La Gran Guerra de Masas no será un estallido súbito, sino la culminación de un proceso largo, en el que cada huelga reprimida, cada fábrica desmantelada, cada pueblo ocupado militarmente, va sedimentando un nuevo tipo de conciencia: la conciencia de que la violencia del Estado no es accidente, sino estructura; no es exceso, sino método; no es desviación, sino la forma más descarnada del dominio del capital.

Por eso debemos estudiar la historia no como un museo de ruinas, sino como arsenal de la revolución. Cada episodio de desposesión, cada pantano construido sobre un valle arrancado por la fuerza, cada carruaje de la muerte que atravesó la madrugada, nos revela la verdad fundamental: el capital no se reproduce sólo por el trabajo, sino también por la destrucción, por la expulsión, por la violencia organizada que convierte a los pueblos en mercancías y a la naturaleza en presa.

Y sin embargo, en ese mismo proceso de opresión, el proletariado encuentra sus condiciones de liberación. Pues cuando el Estado burgués muestra su rostro desnudo —el rostro del acero, del humo y del azufre—, cuando ya no puede ocultarse tras las ficciones de la legalidad, expone a la vista de todos el carácter irreconciliable de las clases. Entonces las masas, arrancadas de la ilusión, pueden ver que no luchan contra decretos ni contra ministros, sino contra un modo de producción entero, que sólo puede ser derrotado mediante la organización consciente y la acción colectiva.

Nuestro deber histórico, por tanto, no es lamentar los tiempos oscuros, sino organizarlos. Hacer de la memoria herida una ciencia; de la ciencia, un arma; y del arma, el instrumento con el que la clase obrera quebrará la máquina que la oprime. La praxis revolucionaria no es una cita con el destino, sino la obra paciente, metódica y combativa de quienes saben que la emancipación no será otorgada, sino conquistada.

¡Proletarios del Mundo, a la Revolución Mundial!